

Las bibliotecas.

Un recuerdo de infancia

Marta Alicia Pérez Gómez

Cuando aún era muy niña, la mamá de mi amiga Silvia me preguntó si quería sacar el carnet de la biblioteca, y yo, entre tímida y aterrada, agaché la cabeza y en un gesto temeroso parece que me negué, o ella, la mamá, lo interpretó así y no obtuve el carnet.

Este hecho, inexplicable para mí y quizás también para mi amiga, que sí lo tenía y frecuentaba la biblioteca, marcó mis días, porque no supe si la casa tan grande que albergaba esos libros desconocidos era el motivo de mi silencio y mi temor, o si el tener un carnet me hacía acreedora a andar sola por la ciudad y pedir yo misma un libro, como si ya tuviera la mayoría de edad, y esto me agitaba el corazón y me hacía sentir frío en el estómago, ese frío de la angustia que aún no sabía explicar.

Era raro, porque en mi casa había libros y yo los quería y leía una y otra vez. Recuerdo cómo miraba las hermosas ilustraciones de *Piel de asno* y cómo sufría por las vicisitudes de la princesa porque tenía que simular lo que no era. Recuerdo también, en otro libro, a dos hermanas, una bondadosa y otra ruin, a quienes les salían, a una, perlas y diamantes por la boca, y a otra, sapos y culebras. Yo me adentraba en esos mundos de fantasía, quizás para

huir de esa sensación constante de frío e inquietud, de eso que más tarde supe que se llamaba ansiedad, pero que a tan temprana edad aún no podía nombrar.

No sabía entonces que la vida me llevaría a amar no solo la biblioteca de mi casa, apenas incipiente, que más tarde yo misma acrecentaría con la compra de más libros en las librerías que frecuentaba con asiduidad: la Aguirre, la Continental, la Nueva, la Científica, Mundo Libro... y la América, hoy algunas de ellas tristemente desaparecidas, sino también las grandes bibliotecas de la ciudad, hasta el punto de estudiar la carrera que se ocupa de ellas.

Y esa es la razón de este escrito: que los niños acepten cuando los inviten a visitarlas, y que los adultos las frecuenten, porque allí van a encontrar respuestas a sus incertidumbres, y quizás el sosiego que anhelan, como yo lo conseguí.

Las bibliotecas son seres vivos que guardan en su interior los fantasmas de la imaginación de los escritores, la sabiduría de los científicos, la fantasía de los creadores. No son solo edificios altos, como falsamente percibí en mi niñez a la biblioteca de la avenida La Playa, quizás por cuestiones de perspectiva. Son aco-



Fernando Savater, fotografía digital, 2011, foto de Julián Roldán

gedoras y nostálgicas como la Casa Barrientos de la Lectura Infantil; hermosas y bien dotadas como los parques biblioteca de Medellín y Bogotá, como las bibliotecas públicas, escolares y universitarias de nuestro país y de todos los países; como las de las cajas de compensación, como la Biblioteca Pública Piloto en Medellín, la Luis- Ángel Arango en Bogotá, la de la Universidad EAFIT, la de la Pontificia Bolivariana, la entrañable Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia y la antigua de Estudios Generales, donde nació mi vocación bibliotecaria.

Las hay llenas de arte como la Biblioteca Vaticana; enormes como la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en Washington; modernas y vanguardistas como la Biblioteca Pompidou en París; antiguas y renacentistas como la Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial en Madrid. Son grandiosas como la Biblioteca Británica, situada en Londres, una de las mayores del mundo, y como la Biblioteca Bodleiana en Oxford; pero, además, hay bibliotecas patrimoniales; de libros raros y curiosos; nacionales como la Biblioteca Nacio-

nal de Colombia que, gracias a la Ley del Depósito Legal, y a las compras y donaciones, alberga verdaderas joyas editoriales de la historia colombiana y universal; y hoy existen bibliotecas digitales y muchas otras, de tantas y tan diversas clases, que no alcanzo a nombrarlas, y aunque algunas estén lejanas, podemos acercarlas a nosotros, gracias a la tecnología y a Internet, que nos permiten conocerlas y gozar no solo de la vista de sus instalaciones magníficas, sino de sus acervos.

En ellas podemos encontrar todo lo que la humanidad ha producido, su legado en manuscritos, códices, libros, revistas, películas, y ahora, en toda clase de formatos digitales, que nos conectan en segundos con el mundo entero, y nos permiten esquivar, y aún vencer, las fronteras que nos separan.

El libro, esa insigne creación del espíritu humano, que apela a lo más noble de nuestra naturaleza, al pensamiento, a la razón, pero también al sentimiento, nos permite sobrepasar los límites de la ignorancia y abrir las puertas del saber. Derriba fron-



Pola Oloixarac, fotografía digital, 2011, foto de Julián Roldán

teras que nos impiden reconocer al otro y sus ideas diferentes y nos enseña a discutir con argumentos. Y si se trata de literatura, de poesía, de drama, nos transporta a mundos ignotos, a mundos imaginarios, a veces conocidos, a veces extraños, que hacen volar la “loca de la casa”, la imaginación, a mundos de ensueño y deseo.

Una vez escribí para la presentación de la *Agenda Cultural Alma Mater*, en un número dedicado a las bibliotecas:

La investigación científica, el arte, la creación literaria, las manifestaciones culturales de cualquier índole nos constituyen como seres pensantes y nos distinguen como especie. Somos pues, seres de lenguaje con capacidad de comunicar la información almacenada y procesada en nuestro cerebro, la que hemos vertido en diversos soportes a lo largo de la historia. Somos también seres memoriosos, pero necesitamos de auxilios exteriores y por eso hemos creado la escritura y los libros que nos ayudan a traer el pasado, a vivir el presente, y a imaginar el futuro. Es entonces el paraíso del tiempo el que guardamos en esa gran

creación del espíritu práctico: la biblioteca, ese lugar sin límites para el conocimiento, la imaginación y el ensueño.¹

Por eso vale la pena acercarse a la lectura, a las bibliotecas, a las librerías y a los eventos donde se promociona el libro, y dejarnos cautivar por los tesoros que albergan.

Un motivo para hacerlo es la próxima Fiesta del Libro y la Cultura que, con el lema *Construir una frontera para derribarlas todas*, se celebrará del 12 al 21 de septiembre de 2014 en el Jardín Botánico (Zona Norte de Medellín).

Referencia

- 1 Pérez Gómez, Marta Alicia (2006). “Presentación” en: *Agenda Cultural Alma Mater*. Medellín: Universidad de Antioquia. N.º 118. Febrero, p. 1.

Marta Alicia Pérez Gómez es bibliotecóloga, especialista en Documentación Científica. Profesora jubilada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia. Miembro del Comité editorial de la *Agenda Cultural Alma Mater*.